



**ABRAHAM RIVERO
PÉREZ**

VENEZUELA BAJO ASEDIO MILITAR



<https://i2.wp.com/www.noticiasbarquisimeto.com/wp-content/uploads/2014/11/fanb630ga2603.jpg?fit=>

ABRAHAM RIVERO PÉREZ

arivero648@yahoo.com

**Historiador y Comunicador Social de
la UCV
Enero 2017**



A poco de culminar el 2016, y en medio

del colapso que desgarró a la sociedad venezolana un hecho salta a la vista de todos: la presencia cada vez más inquietante y decisiva del verde oliva. Decía el historiador británico Arnold Joseph Toynbee (1977) que el militarismo, es el rasgo más distintivo de las sociedades atravesadas, por las discordias internas y el instrumento más efectivo para poner en cintura a su gente.

Por consiguiente, los militares ocupan cargos estratégicos de la administración pública venezolana, y concentran en su área de influencia la dirección de las políticas petroleras, mineras y de las finanzas, así como la tutela de las industrias y de las redes de distribución de alimentos. Y muy recientemente, del sector farmacéutico. Las amplísimas prerrogativas otorgadas a los uniformados durante el chavismo se maximizaron a partir de julio pasado, cuando el presidente Nicolás Maduro ordenó que todos los ministerios quedaban subordinados a la “Gran Misión Abastecimiento Soberano”, bajo el mando del ministro de la defensa, Vladimir Padrino López.

De esa manera la decisión abre el apetito político de los militares, y elevó al general Padrino López a la condición de máximo líder del proyecto socialista del siglo XXI. En cambio, Maduro, representante de la civilidad, quedó reducido a una figura decorativa que aparentemente gobierna, pero no manda. Padrino López y Diosdado Cabello forman junto a Maduro los puntales de un proyecto político que gobierna a Venezuela con puño de hierro.

En efecto, en ese callejón, sin aparente salida para el chavismo, es clave el factor militar. Perdido el apoyo de la calle y con una popularidad muy baja, a lo sumo un 19,5%, en octubre de 2016, según la encuestadora Datanálisis, Maduro solo cuenta para sostenerse en el poder con el apoyo incondicional de los uniformados. Eso convierte a Padrino López en la máxima autoridad del país, y en el protagonista de una historia que reabre la vieja puja entre civiles y militares en la lucha por el poder.

Una vez más, los dos grandes actores de la política nacional, mantienen el pulso por el control del poder político de la sociedad. Todo parece indicar que, en esta ocasión, los militares han conseguido zafarse al control de los civiles. Aunque sin poder disimular que su actuación va a contravía de los principios democráticos imperantes en la región.

En realidad la prueba incontestable del protagonismo del factor militar, en los destinos del país es consecuencia de una inadecuada arquitectura institucional, diseñada por los civiles desde 1961 y que tiene como corolario, la Constitución, cuando postula a la Fuerza Armada Nacional como garante de la institucionalidad y de la democracia. Y por qué no decirlo, por la complaciente aquiescencia de una buena parte de la población civil, que siguió a pie juntillas el disparatado proyecto político de los golpistas de 1992.

Ahí comienza el verdadero embrollo, que hoy tiene de cabeza a todo un país. Cuando se alienta la influencia excesiva y el activismo político de los militares, es inevitable el desplazamiento de los civiles de sus espacios naturales y de sus atribuciones institucionales. Decía Ma-

nuel Caballero, en el 2007, que cuando la fuerza del militarismo encuentra eco entre los civiles, entonces se esparce como la peste por toda la sociedad. Ese es el disparatado legado militarista de Hugo Chávez, que inicia luego de su victoria electoral en diciembre de 1998, y que concretó con la constituyente de 1999, donde se aseguró el respaldo de una parte de la población para obtener la reelección, el debilitamiento de la institucionalidad democrática y no pocas previsiones para que su logia militar pasara a ser parte sustantiva del gobierno.

Posiblemente esa relación desigual entre civiles y militares tiene a Venezuela como el epicentro de una variante de gobierno militar donde la presidencia civil se somete a las valoraciones arbitrarias del estamento castrense y avanza progresivamente con el apoyo de los uniformados hacia la constitución de un gobierno militar de base electoral, y como diría nuestro recordado profesor Domingo Irwin, un modelo esencialmente pretoriano. Pasemos a explicar en qué consiste este modelo que tiene al país bajo el cobijo de los militares haciéndonos sombra.

Pretorianismo chavista



Aunque el militarismo sea en apariencia la opción del chavismo, para conseguirlo tendría

que producirse un giro extremo donde el sector castrense llegue a dominar todos los ámbitos de la vida social. Desde que Hugo Chávez llegó al poder, se encargó de transformar a la Fuerza Armada Nacional para convertirla en el brazo armado de su proyecto revolucionario, denominándola arbitrariamente “bolivarianas”. Muchos de sus compañeros de armas, activos o en retiro, han sido diputados y titulares de ministerios, de institutos autónomos, de embajadas y consulados. Y once (11) de los veintitrés (23) gobernadores presentes actualmente provienen del estamento castrense, según reseña la ONG Control Ciudadano. También cuentan con un banco propio (Banfanb), un canal de televisión (TVFanb) y con programas para adquisición de viviendas, carros y comida.

Como resultado de esa presencia expansiva (lo que también se denomina como colonización) de los militares en cargos de la administración pública, así como de los privilegios que hoy ostenta ese cuerpo armado, refuerza entre sus miembros la mentalidad pretoriana, es decir, la idea de que su actuación es indispensable para dirigir los destinos de la nación.

Aunque el partido militar se esfuerza por afianzar esa presencia en la sociedad, lo que acá prevalece desde los tiempos del tirano Juan Vicente Gómez hasta nuestros días es la opción pretoriana. Este término debe su nombre a la temida “guardia pretoriana” creada por el emperador Augusto (en el 27 a. C.) y que perpetró las matanzas más sonadas de la Roma Imperial. Entre los estudiosos de las relaciones civiles y militares, el pretorianismo se entiende como todo lo opuesto al control civil y se distingue por un activismo político abusivo de los militares, que emplea la fuerza como acicate para

someter la voluntad de sus adversarios y auspiciar el debilitamiento de la institucionalidad democrática para gobernar con poderes discrecionales y sin contrapesos (Machillanda, 1998, Irwin, 2007, Buttó 2015)

Para ser más específicos, existe una variada literatura y diversas opiniones sobre esta tendencia. Sugiero la consulta de autores como Domingo Irwin, Luis Alberto Buttó, Manuel Caballero, Hernán Castillo entre otros, quienes con sus matices y variaciones de tiempo y casos, analizan la relación entre civiles y militares, demostrando que el caso venezolano se trata de una relación profundamente desigual: una civilidad ejerciendo un control del sistema político limitado sobre los uniformados, y éstos conservando cierto predominio político aunque restringido sobre los civiles.

Activismo político militar



Un breve repaso de nuestra historia reciente, nos confirma cómo se manifiesta esta aberración del militarismo venezolano. El paso redoblado del activismo político de los militares es una constante histórica. Los uniformados

llevan más de 200 años (desde 1810) intentando dominar la esfera nacional. El siglo XIX sería una historia plagada de luchas intestinas entre facciones, intentonas golpistas y chapuzas entre montoneras con un líder a caballo. Toda una historia cuartelaría, salvo por las escasas excepciones de algunos civiles en la presidencia tales como José María Vargas (1835), Juan Pablo Rojas Paúl (1888) y Raimundo Andueza Palacios en 1890.

No obstante, el XX sería un siglo favorable para la civilidad, aunque solo fuera porque 47 años corresponden a gobiernos militares (Buttó, 2015:25) y donde la paz republicana pudo sobreponerse a nueve intentos de golpe de Estado, incluyendo las rebeliones fallidas de 1992 y de abril de 2002. Pese al fallido experimento democrático en 1948, el civilismo retornó al poder en 1958 y con ella celebró la alternancia en el poder de los presidentes civiles durante cuarenta años.

Aunque la constitución de 1947 desplazó del ejercicio del poder a los militares activos, sin embargo, la presencia e influencia de éstos en los destinos de país era marcada y decisiva, tanto que no tardaron en derrocar al presidente Rómulo Gallegos y abortar prematuramente el primer experimento democrático de nuestra historia en el siglo XX.

Desde el retorno de la democracia hasta 1998, la clase política mantuvo a raya el activismo político de los militares, fundamentalmente a través de una arquitectura normativa (Constitución de 1961) que calificaba al estamento castrense como “una institución apolítica, obediente y no deliberante” y como subraya Deborah Norden (2008) parcialmente como



garante de la institucionalidad democrática. La república civil puntofijista apostó a una supremacía desigual frente a los militares basada en cordiales y estrechas relaciones personales, algunas prerrogativas en el fuero militar y un esquema de ascensos digitado por los gobiernos de turno.

Militares a paso redoblado

Por supuesto con Hugo Chávez todo eso cambió. Al llegar al poder por la vía del sufragio, se decidió por atacar y debilitar las agencias institucionales y desde la presidencia impulsó una transformación duradera, del rol de los militares en la sociedad venezolana. La concesión de mayores prerrogativas y de niveles de autonomía de los militares frente al poder civil se acentuaron con la nueva Constitución de 1999: derecho al voto, refuerzo de la autoridad de los militares en temas de armamentos y nuevas misiones vinculadas con “la cooperación en el mantenimiento del orden interno y la activa participación en el desarrollo nacional” (Trinkunas, 2005 citado por Norden, 2008).

Igualmente Chávez auspició de manera gradual una alianza civil y militar pero con fuerte acento castrense. El pretorianismo como ya dijimos no es solo militar, también requiere de un componente civil para imponerse junto a los uniformados al resto de la sociedad. Este modelo chavista se abrió paso por la decidida actuación de Chávez y de sus compañeros para modificar o destruir progresivamente la institucionalidad democrática por medio del poder Ejecutivo. Se cumplía así el viejo anhelo de los militares de usurpar las atribuciones del poder civil, pero esta vez sin disparar un tiro, sin la

fuerza disuasiva de los cañones ni el zumbido de los aviones.

En pocas palabras, solo así el chavismo pudo potenciar esta relación donde los militares colonizaron todas las instancias de poder que en el pasado recayeron en manos de civiles y operadores políticos partidistas venidos a menos por efecto del debilitamiento de la institucionalidad democrática, de la corrupción y como diría Rómulo Betancourt, por la ausencia del combustible para emprender las grandes acciones que fortaleciera la democracia y el control objetivo sobre los militares.

Indiscutiblemente lo que hoy tenemos en Venezuela, es un gobierno presidido por un civil, quien bajo el signo del liderazgo personalista y demagógico del finado Chávez, se sostiene en el poder con el apoyo de la Fuerza Armada. El apoyo unánime del alto mando militar a Maduro denuncia el grado de politización de la FANB y muestra al mismo tiempo, el desdén de éstos por las instituciones civiles. Como en Perú en la era fujimorista, la revolución bolivariana terminó por arrastrar a la FANB en la peor experiencia de corrupción y desprestigio de su historia. Venezuela está ahora bajo la tutela de una Fuerza Armada, cuyos integrantes en su mayoría forman parte de una clase de inmoralidades y de vicios: crímenes contra los DDHH, acusaciones por negocios ilícitos y vínculos con el narcotráfico, responsables de allanamientos y detenciones arbitrarias, censura y fuerte pretorianismo. Esto palabras más, palabras menos es lo que Buttó define como “Gobierno militar de base electoral”, un modelo esencialmente pretoriano y que beneficia al bando más oscuro de los oficiales proclives al proyecto autoritario. Ahora, los militares están de vuelta, tienen po-



der y constituyen una amenaza para nuestra maltrecha y magullada democracia.

REFERENCIAS:

Buttó, Luis Alberto (2015). Civiles y militares. Manual indispensable. Venezuela: Fundación Negro sobre Blanco Grupo Editorial.

Caballero, Manuel (2007). La peste militar. Caracas: Ediciones Alfadil.

— (2010, noviembre 7). La peste civil. El Universal. Disponible en <http://www.eluniversal.com/opinion/101107/la-pestes-civil>

Irwin, Domingo; Castillo Hernán y Langue, Frédérique (2007). Pretorianismo venezolano del siglo XXI. Caracas: Editorial Texto.

Machillanda, José (1988). Poder político y poder militar. Caracas: Ediciones Centauro.

Norden, Deborah (2008, enero-febrero). Las relaciones político-militares en la Venezuela de Chávez en revista Nueva Sociedad. En línea. Disponible en <http://nuso.org/articulo/las-relaciones-politico-militares-en-la-venezuela-de-chavez/?page=1>

Toynbee, Arnold (1977). Estudio de la Historia. España: Alianza Editorial

Cambio Universitario

<https://cambiouniversitario.wordpress.com/>

Universidad Central de Venezuela (UCV).

Caracas, Venezuela